



UNA MIRADA

LA SISTEMATIZACIÓN: ASPECTOS ÉTICOS Y POLITICOS PARA EL TRABAJO COMUNITARIO EN CULTURA

CECILIA AGUAYO

Trabajadora Social, Pontificia Universidad Católica de Chile, Magíster en Psicopedagogía y Políticas de Formación U. Louvain-la-Neuve, Bélgica. Dra. en Filosofía mención Epistemología de las Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Docente en Trabajo Social UC y responsable de postgrados de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Andrés Bello.

DANIEL KATZ

Actor, Animador y Gestor Cultural con experiencia nacional e internacional en trabajo comunitario. Magíster en Gestión Cultural de la Universidad de Chile.

Miembro de la Red de Cultura Viva Comunitaria. Coordinador Académico de la Escuela de Actuación del IP Arcos.



El presente artículo trata sobre los aportes que pueden surgir del encuentro entre un enfoque de trabajo e investigación, conocido como la sistematización de las prácticas, y dos elementos que actualmente reconfiguran la cultura barrial: las políticas comunitarias de giro cultural y la cultura viva comunitaria. Para estos efectos, procederemos a desarrollar brevemente cada uno de ellos, para luego proponer cómo, a partir de su cruce, se puede contribuir a fortalecer el trabajo de las organizaciones culturales de base.

La sistematización de las prácticas es un proceso de reflexión crítica sobre las prácticas sociales, cuyo objetivo es la transformación de situaciones que se conciben como problemáticas en un contexto histórico determinado. De tal forma, la sistematización se presenta como una alternativa para organizar los conocimientos de la práctica frente a escenarios como: la falta de respuesta a las necesidades básicas de la población, la invisibilización de las memorias locales, la búsqueda de mayor dignidad, la valorización de la vida cotidiana de los grupos, entre otros. Ahora bien, la particularidad de esta propuesta consiste en que surge de los propios sujetos, grupos y comunidades que viven y padecen las problemáticas en cuestión, como asimismo, del rol social, educativo y ético-político de los profesionales que acompañan estos trabajos.

Este enfoque metodológico surgió en América Latina en el contexto de la Guerra Fría que azotaba al continente. Fue en este escenario que muchos profesionales de la acción social recurrieron a la sistematización, entendiéndola como una posibilidad de democratizar los espacios comunitarios. En otras palabras, se trató de buscar una forma de organizar respuestas a las necesidades urgentes de determinadas comunidades, desencadenando, al mismo tiempo, nuevas formas de participación y organización social y política (FAO, 2013; Verger i Planlls, 2002).

En Chile, la sistematización fue desarrollada en las décadas de los ochenta, noventa y 2000, buscando dar cuenta de un proyecto político y educativo desde las organizaciones sociales de base. Así, se conjugó la intencionalidad de los propios actores de “sumarse a procesos de reapropiación colectiva del poder para mutar la sociedad” (Gagnaten,

“En Chile la sistematización fue desarrollada en las décadas de los ochenta, noventa y 2000; buscando dar cuenta de un proyecto político y educativo desde las organizaciones sociales de base”.

1987, p. 22). Señalamos el contexto en que emergió este enfoque pues la sistematización establece una relación estrecha con la historia. En efecto, sistematizar es una forma de luchar contra el olvido, al promover la acumulación de aprendizajes, estrategias de intervención y conocimientos que permiten afrontar experiencias similares en contextos diferentes.

La sistematización se transformó en un proyecto político en la medida que reconfiguró las experiencias comunitarias; destacando los aprendizajes de las prácticas de promoción social, develando los conflictos institucionales que acompañaban estas prácticas y expresando los valores y principios que se ponían en juego a la hora de promover cambios sociales. De esta forma, a lo largo de América Latina, se pudieron confrontar experiencias y perspectivas, identificar lógicas de trabajo, construir diagnósticos participativos y, finalmente, consensuar y planificar acciones colectivas orientadas al cambio social. Asimismo, la sistematización permitió relevar la dimensión ética de las prácticas sociales, al organizarlas en función de su *telos*, es decir, de la finalidad que las orienta. Desde esta perspectiva, la sistematización constituye un medio que permite a las comunidades buscar el fin

de su accionar; a saber, mayor justicia social, democratización de espacios comunitarios, igualdad de oportunidades. En síntesis, la sistematización tuvo el valor de integrar la dimensión ética y política –y de dar una perspectiva histórica– a acciones orientadas a resolver problemas que aquejaban ya sea a comunidades determinadas o bien a profesionales que requerían problematizar su quehacer.

Las organizaciones comunitarias fueron sin duda uno de los espacios privilegiados para desarrollar la sistematización, por su alto nivel de estructuración y su orientación hacia el cambio social. Sin embargo, cabe preguntarse si dichas organizaciones siguen cumpliendo hoy el rol que desempeñaron históricamente, y si la sistematización debiera ampliarse hacia nuevos espacios y nutrirse de otros campos profesionales para enriquecerse a sí misma. En este sentido, ¿qué valor puede tener este enfoque metodológico para las actuales políticas culturales de desarrollo local? O dicho de otro modo, ¿cómo podría nutrirse la sistematización de los aportes que están surgiendo actualmente desde las organizaciones culturales de base y de las políticas culturales a nivel local que están consolidándose en Latinoamérica?

Para contextualizar estas preguntas nos referiremos brevemente a dos procesos





emergentes que actualmente se encuentran en fase de desarrollo y fortalecimiento. El primero da cuenta del florecimiento de las políticas culturales de giro comunitario. Siguiendo las contribuciones de Yúdice (2002), veremos que dichas políticas responden a una nueva forma de legitimación de la cultura, basada en su sentido práctico para “paliar, en alguna medida, agudos problemas sociales como el racismo, la segregación y las migraciones” (p. 393). Este fenómeno –plenamente vigente– se desarrollaría en el contexto de nuevas estrategias de financiamiento cultural que, a partir de los noventa, se articularían en torno a conceptos como «desarrollo cultural», «ciudadanía cultural», «economía cultural» o «economía creativa». A *grosso modo*, podemos señalar que este nuevo marco conceptual para la cultura se sustentó en la creencia de que el patrimonio cultural genera valor –o bien reduce los gastos estatales– al ponerse al servicio de las políticas de protección social, seguridad, salud o educación, entre otros. De este tipo de políticas en nuestro territorio, podemos nombrar el programa Creando Chile en Mi Barrio, promovido por el Departamento de Ciudadanía y Cultura del CNCA, o la Medida Bicentenario, que promueve la construcción de centros culturales municipales en las comunas que cuenten con más de 50.000 habitantes y carezcan de infraestructuras similares.

El segundo proceso que nos llama la atención se refiere al movimiento latinoamericano de Cultura Viva Comunitaria (CVC), entendido como una “una red de redes constituida en Latinoamérica” (Cultura Viva Comunitaria Chile, 2014, p. 5). Dicha red, –de la cual Chile forma parte– estaría orientada a fortalecer a las organizaciones culturales de base, fomentando a la vez redes de cooperación estables que permitan acciones colectivas desde y para las bases. Se trata de un proceso emergente nacido en el contexto del Foro Social Mundial de Belén do Pará, realizado en Brasil en el año 2009. En dicha ocasión, se creó la Plataforma Puente de Cultura Viva Comunitaria como respuesta al éxito del programa Puntos de Cultura, iniciado en Brasil durante el año 2004 (Turino, 2011). A la fecha, este movimiento se ha extendido hacia Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Bolivia, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Perú y Uruguay, hecho que da cuenta de la resonancia que ha tenido entre los actores vinculados a la cultura comunitaria a nivel latinoamericano. En este sentido, cabe mencionar que actualmente existe el Programa Ibercultura Viva, un proyecto de cooperación iberoamericana destinado a fomentar la política cultural de base comunitaria, que cuenta con un fondo financiero multilateral inicial de US\$200.000 (Secretaría General Iberoamericana, 2013). Por otra parte, en julio de 2014 se aprueba la Ley de Cultura Viva en Brasil. Este acontecimiento marca una nueva etapa para la cultura comunitaria en Latinoamérica, pues sienta las

“De esta manera, paulatinamente, las organizaciones culturales de base se han abocado a reactivar los territorios; revitalizando la acción colectiva como forma de resistencia, negociación y significación del espacio público (Fundación Decide, 2012)”.



bases para construir políticas de apoyo a la cultura comunitaria de base que no dependan de las autoridades de turno. Pues bien, a nuestro parecer, estos 2 fenómenos –surgidos del choque y confluencia entre las organizaciones culturales y las políticas culturales de carácter local– han contribuido a que las organizaciones de la cultura comunitaria devengan, cada vez más, en actores de política orientados a intervenir en la realidad social. De esta manera, paulatinamente, las organizaciones culturales de base se han abocado a reactivar los territorios, revitalizando la acción colectiva como forma de resistencia, negociación y significación del espacio público (Fundación Decide, 2012). Ahora bien, ¿qué podemos aprender de estos procesos?, ¿cuál es la verdadera potencialidad de este fenómeno? y, en este sentido, ¿qué rol cumplen las organizaciones culturales de base frente a los desafíos que enfrentamos hoy

como sociedad?, ¿qué posición deben tomar actores institucionales como las unidades de cultura de los gobiernos descentralizados o los programas sociales que trabajan al interior de los barrios?

A nuestro parecer, es precisamente ante estas interrogantes que se hace necesario desarrollar investigaciones orientadas a sintetizar y divulgar los valiosos conocimientos que están surgiendo de estas nuevas experiencias, para así contribuir a un pensamiento y a una acción latinoamericana que estén fundadas en las prácticas culturales que emergen desde sus propios actores. Gracias a su perspectiva histórica y a su dimensión política y ética –brevemente expuesta más arriba– la sistematización bien puede representar un espacio de reflexión crítica y organización que potencie a las organizaciones culturales y a los profesionales de la cultura que pretenden incidir en los barrios.

“Así, la sistematización será cultura comunitaria en la medida que se oriente a desplegar los niveles de significación implicados en las significaciones literales de la acción social; todo esto con una sola finalidad: dignidad humana y justicia social”.

Por otra parte, la sistematización y la cultura viva comunitaria tienen elementos en común. En primer lugar, son fenómenos latinoamericanos que surgen del trabajo conjunto entre la comunidad organizada y profesionales comprometidos con el proyecto de una sociedad más justa. En segundo lugar, la sistematización y la cultura comunitaria son herramientas para reinterpretar y resignificar nuestro territorio. En efecto, en primera instancia, lo que la sistematización ha buscado es que los sujetos reflexionen, tomen conciencia, se encuentren, que establezcan acuerdos comunicacionales y juegos lingüísticos, respecto del trabajo que realizan. De esta manera, la sistematización busca hacer aprehensibles los cambios e interpretaciones que se suceden y superponen en las dinámicas de la acción social. Por esta razón, la sistematización es –a nuestro juicio– mucho más que una herramienta metodológica para introducir la dimensión ética y política en el trabajo cultural; es más bien, el proceso cultural de descifrar el sentido oculto de lo aparente. Así, la sistematización será cultura comunitaria en la medida que se oriente a desplegar los niveles de significación implicados en las significaciones literales de la acción social; todo esto con una sola finalidad: dignidad humana y justicia social. ■



BIBLIOGRAFÍA

Aguayo, C. (2007). *Las profesiones modernas: dilemas del conocimiento y del poder*. Buenos Aires: Espacio.

Aguayo, Cecilia y Morales, Paulina (2015). *Interculturalidad y reconocimiento: el trabajo social y las tensiones ético-morales en la atención de salud a inmigrantes*. *Retos y Perspectivas*, 20 (1), 179-194.

Chile, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). *Estudio de buenas prácticas de capital social y liderazgos culturales en comités culturales barriales*. Recuperado en mayo de 2014 de: www.observatoriocultural.gob.cl.

Chile, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (2013). *Estudio de gestión cultural municipal*. Recuperado en mayo de 2014 de: www.observatoriocultural.gob.cl

Chile, Cultura Viva Comunitaria. (2014). *Resultados Encuentro Cultura Viva Chile. Por los Derechos Culturales - Comunitarios & Independientes*. (1-59).

Fundación Decide (2012). *Espacios institucionales de participación y actores políticos comunales. Mapeo exploratorio de la participación ciudadana en seis comunas de la región Metropolitana*. Santiago: Fundación Henrich Böll, Centro de Estudios Fech.

Gagneten, M. (1987). *Hacia una metodología de sistematización de la práctica*. Buenos Aires: Humanitas.

Jara, O. (1994). *Para sistematizar experiencias: una propuesta teórica y práctica*. (3 ed.). San José, Costa Rica: Alforja.

Jara, O. (2012). *Sistematización de experiencias, investigación y evaluación: aproximaciones desde 3 ángulos*. *Revista Internacional sobre Investigación en Educación Global y para el Desarrollo*, 1, 56-70.

Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (2013). *Las buenas prácticas: sistematización de experiencias para el aprendizaje continuo*. Recuperado en octubre de 2015 de: www.fao.org/docrep/018/ap784s/ap784s.pdf

Plataforma Puente Cultura Viva Comunitaria (PPCVC). (2013). *Plataforma Puente Cultura Viva Comunitaria*. Recuperado el 14 de noviembre de 2013 de <http://culturavivacomunitaria.org/cv/nuestra-campana-continental/desafios-y-estrategias/>

Secretaría General Iberoamericana. (2013). *Iniciativa de fomento de la política cultural de base comunitaria*. Recuperado en agosto de 2014 desde IBERCULTURA Viva y Comunitaria: <http://www.cooperacioniberoamericana.org/sites/cooperacioniberoamericana.org/files/Dcto%20Proyecto%20Programa%20%20IBERCULTURA.pdf>

Turino, C. (2011). *Punto de cultura. El Brasil de abajo hacia arriba*. Medellín: Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín-Tragaluz.

Verger i Planells, A. (2007). *Sistematización de experiencias: análisis y recreación de la acción colectiva desde la educación popular*. *Revista de Educación*, 343 mayo-agosto, 623-645.

Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura: usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.